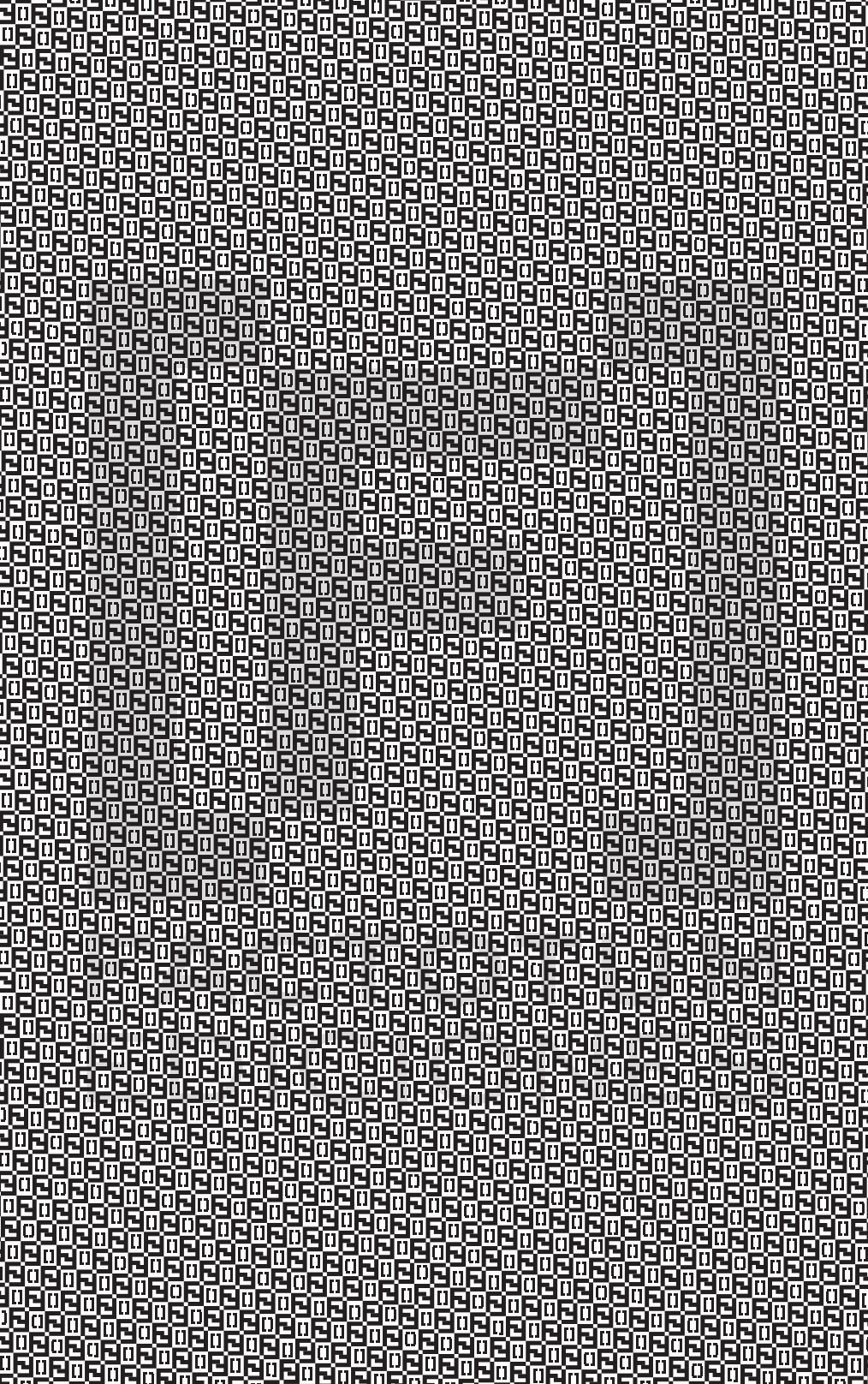




Aquellos días de tanto frío
David Voloj

FACTOTUM
EDICIONES





Aquellos días
de tanto frío

FACTOTUM
EDICIONES

Voloj, David

Aquellos días de tanto frío / David Voloj. -1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2023.

152 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-47-1

1. Narrativa. 2. Narrativa Argentina. 3. Cuentos. I. Título.
CDD A863

Realizado con el apoyo del FONDO NACIONAL DE LAS ARTES.



Fondo Nacional
de las Artes

© David Voloj, 2023

© Factotum Ediciones, 2023

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2023.

Foto de tapa: Víctor Toty Cáceres

Retrato del autor: Lucía Beltramino

Composición de interiores y tapa: Fernando Ozón

Diseño de maqueta: Renata Celli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

ISBN 978-987-4198-47-1

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Aquellos días
de tanto frío

David Voloj


FACTOTUM
EDICIONES





para Dante y Lucía

FACTOTUM
EDICIONES



*la cabeza es un corazón sin piedad
dominar la mente
es un laburo sin feriados*
Walter Lezcano

*nos gustaba llorar por tristezas
de cuento, sufrir por los negros
mientras comíamos chocolates*
María Teresa Andruetto

FACTOTUM
EDICIONES

Sacrificio*

1

Antes iba con Simona a donde fuera. Me veías y, ahí nomás, se escuchaban los pasos de la perra. Venía conmigo a todas partes, incluso en el auto. Apenas desactivaba la alarma, levantaba las orejas y corría a la puerta para subirse. Al principio fue difícil acostumbrarla, que se quedara quieta cuando Ana no estaba. Ella la llevaba en las piernas, alzada, y la hacía jugar. Así se distraía. En cambio, cuando iba sola conmigo tenía que frenar cada dos por tres para bajarla del asiento del acompañante y sentarla en la alfombra. Más que nada por los pelos, que salen más fácil de la goma que del tapizado. No ladraba, los rottweilers no son de ladrar. Pero le molestaban los ruidos de la calle, los baches, así que daba vueltas y vueltas y había que agarrarle las patas para evitar que arañara los plásticos. Si le tocabas el pecho, notabas que el corazón le iba rápido. Lloriqueaba, me buscaba con la mirada para que la acariciara.

* El presente cuento obtuvo el Primer Premio en el concurso latinoamericano de cuento Edmundo Valadés, en Puebla (México).

Recién entonces encontraba posición, me lamía las manos y se echaba. Así era de cachorra; de grande se adaptó.

Ana la había comprado para mi cumpleaños. No estábamos en un buen momento y ella hacía este tipo de cosas para recomponer la relación. Se había vuelto impulsiva. Un día compraba zapatillas y ropa deportiva para que saliéramos a hacer ejercicio en el parque o reservaba una cabaña en las sierras, pagaba por adelantado con la tarjeta y después, como las ofertas eran en medio de la semana, no había forma de pedir licencia en el trabajo.

En esta ocasión, supuso que una mascota nos ayudaría a reencontrarnos, así que pasó por una veterinaria y compró una cachorra de tres meses.

Cuando apareció con la perra metida en una caja de zapatos, discutimos. Lógico. Porque a mí los animales me gustaban, como también me gustaban las pirámides o la carpintería; eso no quería decir que de un día para el otro íbamos a dejar todo para irnos a Egipto, ni que llenaríamos el patio de maderas y serruchos. Hay decisiones que se piensan, se conversan. Imponerle a otra persona la obligación de una mascota me parecía violento.

Le dije eso, quizás algo más subido de tono. La verdad es que había tomado y hablaba sin filtro. En un momento levanté a la perra y casi se me cae de las manos. Ana contenía las lágrimas mientras se disculpaba frente a unas parejas amigas que habían ido a casa a festejar. La situación se volvió incómoda.

Con el tiempo entendí que había sido innecesario tratarla como la traté, hacer una escena que podía esperar hasta finalizar la comida.

Cuando todos se fueron, gritamos, rompimos algunas copas. Así venían siendo nuestras discusiones. Creo que volví a burlarme de ella, de su falta de humor, de su poco vuelo.

Estuvo mal. Aunque era consciente de que no debía tratarla de esa forma, no podía evitarlo.

La perra, que a esa altura había meado en el comedor, estaba escondida debajo del sillón. Los ojos le brillaban con el reflejo de la luz en el piso. Ana habló de devolverla, como también habló de levantar sus cosas e irse a la casa de la madre, pero eran las mismas amenazas falsas de siempre: no nos íbamos a separar, y la perra iba a quedarse.

Demoramos un par de días en volver a hablarnos y otro tanto en encontrar un nombre que nos gustara. Al final le pusimos Simona; después de descartar un montón de opciones, fue el único nombre que más o menos nos cerró.

La perra era de una raza que mete miedo. Ana había averiguado que en realidad los rottweilers no eran animales agresivos. En el Discovery encontramos un programa en el que explicaban que los perros, más allá de la raza, necesitan que les dediques tiempo. Es importante hacerlos jugar, sacarlos a pasear todos los días, de cachorros, así descargan energía y se cansan. Si hacés eso, te responden bien.

Poco a poco, empezamos a tratar a Simona como si fuera una nena. Le hacíamos upa para llevarla a la veterinaria, le compramos juguetes y unos huesos especiales que le protegían los dientes. Nos preocupábamos cuando se atoraba con la comida y de noche, si daba vueltas y arañaba la puerta de la pieza, la subíamos a la cama y le cantábamos canciones para hacerla dormir. Hasta puse una foto suya de fondo de pantalla del celular.

Siempre me pareció ridículo eso de humanizar los animales. La gente que no quería tener hijos se sentía en falta y, para bajar el nivel de culpa, se conseguía una mascota que ocupaba el rol

de un chico. Entonces llenaban las redes con fotos, llevaban el perrito o el gatito a la peluquería, le compraban ropa, juguetes, unas cuchas carísimas. Tanto amor me resultaba sintomático, un trastorno de esta época.

Sin embargo, ahí estaba yo, haciendo lo mismo que criticaba de los demás.

Me encontré hablando de la perra con cualquiera. En la escuela, mis alumnos me preguntaban si ya había aprendido a dar la patita, a hacerse la muerta o algún otro truco. Yo les mostraba los videos que tenía en el celular y anotaba las marcas de balanceado que me recomendaban.

En esa época conocí a Úrsula. Había entrado al gabinete de la escuela para hacer las prácticas de la facultad. La directora la presentó, dijo que iba a ayudarnos a fortalecer aprendizajes y a sostener las trayectorias educativas, el discurso de siempre.

Aquel año yo tenía un grado complicado: mucho Asperger, mucho TDA, así que recurrí a ella varias veces. Nos entendimos de entrada. Nos preocupaban los problemas de los chicos y, en especial, los padres, que eran el verdadero problema.

Al principio, a Úrsula le costaba hablar de algo que no fuera el trabajo o las materias que debía en la facultad. Llevaba un bolso con apuntes marcados con cintas de colores y una libretita donde anotaba los nombres de los alumnos que, en función de ciertos episodios y ciertas charlas que habían tenido, sufrían, según ella, algún tipo de violencia doméstica. Yo la escuchaba pensar en voz alta, hilar datos, cruzarlos con alguna teoría, sacar conclusiones obvias; cuando se enredaba en sus propias ideas, le hacía un chiste o imitaba su cara de preocupación. Entonces relajaba un poco y se reía.

Empezamos a compartir el almuerzo en la cantina. Por lo general yo le hablaba de Simona, que después del primer celo había generado una revolución en el barrio y tenía cuatro o cinco novios en la puerta de casa. Había que correrlos con la manguera y ni así dejaban de dar vueltas por la vereda. Como marcaban el territorio, habían manchado la medianera con un pis ácido, difícil de sacar. También me quemaban las flores, los helechos. Había decidido espolvorear pimienta en los zócalos para ver si los ahuyentaba. A veces los perros me mostraban los dientes, como si fuesen yernos ofendidos. Era una situación cómica, aunque en el momento asustaba un poco. ¿Cómo hacían los padres que tenían una hija adolescente, de catorce o quince años, para cuidarla de tanto degenerado suelto?

Úrsula se reía al escucharme hablar así de la perra y, cuando entró en confianza, se animó a opinar al respecto. Le molestaba el negocio de los criaderos, el maltrato que recibían las hembras que parían hasta dos veces por año y llegaban a morir con los cachorros prendidos a las tetas. Había visto videos en internet donde denunciaban las condiciones en las que vivían los animales. También decía que, si tuviese más espacio en su casa, un patio con tierra y pasto, rescataría un perro de la calle.

Cerca de fin de año, se abrió un poco más. Dijo que estaba casada desde los diecinueve, que tenía un hijo en la secundaria. Cuando quedó embarazada dejó de estudiar y recién ahora había retomado la carrera, de grande, más que nada para probarse a sí misma que podía ser algo más que una madre. Fue una decisión complicada. Al esposo no le había gustado. Le echaba en cara que saliera de la casa y se juntara con desconocidos, que se negara a tener otro hijo cuando su reloj biológico estaba al límite. La controlaba, le hacía escenas cuando algún compañero le escribía al celular. Ella decía que siempre había sido así, que pronto iba a separarse; también decía que quería

tener sus propios proyectos, encontrar su lugar en el mundo como mujer y como persona, cosas de libros de autoayuda que le permitían imaginar lo que era la libertad.

Antes de las vacaciones fuimos a tomar una cerveza. Para evitar confusiones, le conté de mi relación con Ana, del mal momento que estábamos pasando, y le blanqueé lo que sentía por ella. Tampoco fue una declaración de amor, pero le dije que me gustaba. Nunca fui de la cosa histérica, de los coqueteos disfrazados de amistad que la mayoría de las veces terminan en malentendidos.

Creo que se lo esperaba porque se quedó callada. No se mostró sorprendida ni nada parecido. Estuvimos un rato sin mirarnos. Al final, dijo que la disculpara, que no podía, que ella no era así. Me acariciaba las manos mientras hablaba y, cuando se dio cuenta, me soltó.

Antes de irse, me pidió que no la llamara por un tiempo.

Aquel verano sirvió para enseñarle algunas cosas a la perra. Con Ana conseguimos que esperara sentada cuando le servíamos la comida, que dejara de tironear la cadena cuando salíamos a pasear, que hiciera sus necesidades afuera. Por último, aprendió a dar la patita y a sentarse. Lo básico.

Yo la llevaba a hacer las compras, a correr por el parque, a pagar las cuentas. Aunque conservaba la cara de cachorra, había crecido bastante y me costaba sostenerla. Cuando algún nene se acercaba a acariciarla, los padres o la gente grande que estaba cerca se alarmaban; en más de una ocasión me dijeron que estaba prohibido pasear esos animales sin bozal y amenazaron con denunciarme.

Ana quería integrarse a nuestra dinámica, pero no sabía cómo hacerlo. No le salía. En su imaginación, la perra debía

servir para que reapareciera algo que habíamos perdido como pareja. Ese había sido su único propósito y ahora se sentía desplazada. Nunca me lo dijo con esas palabras, pero me lo hacía saber. Cuando le contaba algo de Simona, fingía una sonrisa o hacía silencio, como si fuese intrascendente.

Una tarde, en el patio, Simona corría detrás de la pelotita de tenis que habíamos encontrado en la plaza. Ana estaba sentada en la reposerá, con una novela que demoraba en terminar. Me di cuenta de que nos miraba de perfil, con los ojos resentidos detrás de los lentes de sol. Le pregunté qué le pasaba, qué le había hecho, por qué tenía que sentirme mal. Como no contestaba, le dije que estaba celosa. No se lo pregunté, se lo dije directamente. También le recordé que lo de la perra había sido su idea.

–Es que vos no entendés. Ni siquiera lo intentás –dijo.

Para descomprimir un poco, a fines de enero fuimos a las sierras. Nos quedamos en Los Reartes, en un camping que permitía el ingreso con mascotas.

Nos tocaron días lindos, con mucho sol, así que aprovechamos el río. También subimos unas lomas jodidas, llenas de piedras y abrojos. Caminábamos durante horas, almorzábamos unos sándwiches por ahí y a la noche, después de comer, metíamos a la perra en la carpa para que durmiera adentro. A Ana le sirvió para relajarse y a mí, que no tenía señal de celular y no podía revisar si Úrsula se había conectado a algún chat, también.

Simona estaba feliz. Cuando nos metíamos por los senderos que había, río adentro, la dejábamos suelta para que corriera y chapoteara en el agua. La gente del lugar, que estaba acostumbrada a los animales, se reía al verla nadar con un palo en la boca o cuando se sacudía y nos empapaba.

A la vuelta, a la altura del peaje, nos detuvo la caminera. Nos hicieron el control de alcoholemia, nos pidieron las balizas, el

botiquín, y nos preguntaron de dónde éramos. Al ver a Simona, se pusieron a explicar que las mascotas debían ir atadas en la parte de atrás, con unos cinturones especiales; si no, también podían viajar encerradas en un canil.

–Así es un riesgo, no deberían seguir con ese animal suelto –dijo el policía mientras nos hacía una multa.

Ana se alteró. Le dijo que eran unos ladrones, que solo estaban ahí para recaudar cuando deberían preocuparse por los traficantes de drogas que estaban destruyendo la provincia, por los tipos que secuestraban mujeres para prostituirlas y las metían en el baúl de esos autos que ellos nunca detenían.

Estaba sacada.

–Imbécil... Es nuestra hija –dijo al final.

El policía repitió la frase. Nuestra hija. Después nos miró con asco e hizo señas para que avanzáramos.

Volvimos a las sierras varias veces. Como los días de calor se extendieron hasta principios de abril, aprovechábamos los fines de semana, cargábamos el auto y salíamos. Después de un par de situaciones con la caminera, descubrimos un camino alternativo para llegar a Los Reartes. Había que pasar por el dique, desviarse unos kilómetros y entrar en una zona mal señalizada y con serrucho en el suelo, pero en la que no había controles.

Si bien las cosas con Ana seguían inestables, cuando estábamos lejos de casa se generaba una especie de tregua que nos permitía estirar lo nuestro un poco más. Incluso volvimos a tener relaciones, con lo incómodo que era sacarse la ropa en la carpa y movernos en el colchón de aire.

Sin embargo, al regresar se hacía imposible. Ana volvió a las pastillas y, con las pastillas, a dormir la mayor parte del día. A mí me costaba hablar con alguien que vivía con los ojos rojos, que

demoraba un par de minutos en elaborar una respuesta coherente a cualquier pregunta. Así que me quedaba en la escuela a planificar el año o, apenas llegaba a casa, le ponía el collar a Simona y salía a caminar con ella.

Una tarde, Úrsula escribió para contarme que se había recibido. Me agradecía por bancarla, por enseñarle a entender cómo funcionaba la cabecita de los chicos. Me preguntó por algunos alumnos que había tratado cuando estuvo en la escuela y con los que se había encariñado. Apenas consiguiera el certificado analítico, dijo, iba a mandárselo a la directora para que la tuvieran en cuenta. También me preguntó por Ana y por Simona.

Los mensajes se hicieron frecuentes. Las excusas eran aquellas con las que nos conocimos: el trabajo, la perra, la facultad. Le conté que una vez, caminando por el parque, un hombre me había parado para decirme que tenía un rottweiler macho, con papeles, y que quería cruzarlo con Simona. Yo aún no había decidido si iba a castrar a la perra porque, según la veterinaria, era importante que tuviera crías al menos una vez. Pero tampoco podía quedarme con los cachorros, pagarles las vacunas y salir a venderlos como si fuesen cosas.

Era fácil darse cuenta si Úrsula estaba con el marido cuando me escribía, porque demoraba en responder o solo mandaba una carita preocupada o feliz. En cambio, cuando encontraba un momento a solas, se explayaba. Decía que a ella tampoco le gustaba la idea de comerciar con animales, que en algún momento deberían prohibir los criaderos así como habían prohibido las carreras de galgos.

Cuando agotamos el tema de la perra, Úrsula dijo que quería hacer una adscripción en la facultad y que intentaba escribir artículos para participar de congresos y jornadas. Se

sentía insegura y, como nunca lo había hecho, se avergonzaba. Quería saber qué opinaba, si creía que podía hacerlo bien, y en ocasiones me mandaba sus escritos para revisarlos.

Así estuvimos durante meses.

Al final, cuando Ana viajó a Buenos Aires para visitar a su madre, la llamé. Le dije que quería verla. Le pedí que buscara la forma de escaparse, que inventara algo. Necesitaba estar con ella aunque solo fuese por un par de horas.

–No podemos salir otra vez –dijo–. Acá la cosa está cada vez peor. Si nos ven...

–Pero entonces tenés ganas –le dije. Y como no respondía, le pasé la dirección de casa.

Ana tuvo una crisis. La verdad, yo no podía hacerme cargo. No otra vez. La quería, por supuesto, nos conocíamos desde que éramos jóvenes y habíamos compartido una parte importante de nuestras vidas. Pero, supuestamente, el problema era nuestra relación. Es decir que, si alguien tenía la culpa de su depresión, era yo. Eso me hicieron saber todas aquellas personas que hasta ese momento pensaba que también eran mis amigos.

Nos separamos sin poder hablar, sin despedirnos. Al tiempo, un abogado me llamó para hablar de la casa. Aún estaba a nombre de mis padres y no tenía planeado empezar los trámites de la sucesión pero, como había un certificado de convivencia, Ana podía reclamar un porcentaje del valor por los arreglos y la ampliación que se había hecho. Era su derecho legal. Es más, resultaba irrelevante que yo hubiese sacado el crédito en el sindicato y que me descontaran las cuotas del sueldo. La abogada fue clara: me convenía llegar a un acuerdo porque, si íbamos a juicio, tendría que contratar a alguien y, de perder, me iba a tocar cubrir los gastos de ambas partes.

Ana estuvo internada unos meses, como era de esperarse. Cuando me enteré, intenté visitarla, hablar con ella, cosa que me prohibieron. Si de verdad quería ayudar y hacer algo por ella, dijeron, podía pagarle el tratamiento, que no era barato ni lo cubría la obra social.

2

La historia con Úrsula marchó más o menos bien hasta que Simona mordió a su hijo. O por lo menos eso dijo ella: yo no estaba en casa, de manera que me enteré cuando me mandó esa catarata de audios en los que lloraba y gritaba y me insultaba, a mí y a la perra.

Recién empezábamos a convivir. El chico venía a verla cada tanto y, como no tenía horarios fijos ni avisaba, le habíamos dado una llave para que pudiera entrar cuando no había nadie.

Apenas escuché lo que había pasado, traté de devolver la llamada, pero Úrsula me cortaba el teléfono y tampoco oía mis audios.

Fui a hablar con la directora de la escuela. No podía contarle la verdad, no había suficiente confianza. Estábamos en una escuela parroquial, privada, y esa clase de asuntos personales podían ser complicados; por eso inventé que alguien de la familia había tenido un accidente, algo así. Se me debe haber bajado la presión porque la directora se asustó, dijo que tenía la cara blanca, que transpiraba. Incluso me acompañó al playón y, cuando subí al auto, me preguntó si podía manejar en ese estado.

Mil cosas me pasaron por la cabeza. Imaginé escenas terribles en las que el chico de Úrsula se desangraba mientras Simona corría por la calle con un pedazo de pierna en el hocico. Lo vi, al chico, la cara desgarrada y un hueco en donde



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?